

CONVERSACION XL.

SOBRE LA CUARESMA.

- Inés. Hé aquí ya mudado todo.
- Cecilia. Y ¿qué mudanza es esa que tú quieres decir?
- Lucía. Pues ¿no echas de ver que la gente no vá ahora como suele?
- Cecilia: ¡Qué! ¿Es acaso el Estado el que se ha mudado?
- Inés. No es el Estado, sino la Iglesia:
- Cecilia. Pues ¿qué mutación es la que en ella adviertes?
- Lucía. Las gentes no comen; los Templos todos están de luto; y hasta por las calles se nota tristeza en las gentes.
- Cecilia. ¿Qué es lo que dices ¿Nadie come absolutamente?
- Inés. Cuando decimos que *la gente no come*, no queremos decir, que enteramente no coma nada; sino que se come muy poco.
- Cecilia. Más ¿al fin se come?

Lucía. Sí, al medio día, y ya se acabó; ó cuando más, si se hace otra comida es tal, que ni allí se come cosa de carne, ni huevos; y lo más frecuente es legumbres.

Cecilia. Y ¿qué? ¿No cuentas la colación?

Inés. ¡Ay! No; porque esa es tan poca cosa, que apenas merece mentarse: á lo más viene á ser como los postres de otra comida, y apenas se siensa una á la mesa, ya se levanta otra vez.

Cecilia. Verdad es; pero aun eso poco, es todavía mucho; porque antiguamente no se hacía más que una comida á la caída de la tarde, y ésta sin colación:

Lucía. Eso ya era demasiado rigor.

Cecilia. Mejor dijeras que es demasiada la relajación de hoy en día.

Inés. ¿Y se pudiera aguantar ahora aquel rigor de los primeros siglos?

Cecilia. Sin duda; pues este modo de ayunar duró más de mil y docientos años.

Lucía. No es posible replicar á eso: dinos, si gustas: ¿por quién está de luto la Iglesia?

Cecilia. Por su querido esposo: la muerte de Jesucristo es la que la Iglesia llora; y al propio tiempo los pecados de sus hijos, que son los que dieron muerte á este señor.

Inés. Y ¿já qué se reduce este luto de la Iglesia?

Cecilia. ¿No advertís, que no se ven más que las paredes, y que todo esta cubierto, hasta las Imágenes del mismo Jesucristo, y de los Santos?

Lucía. Todo ese exterior, tal como tú le pintas, indica ciertamente una tristeza muy grande.

Cecilia. ¡Ay de mí! ¡Nada tiene de más, cuando el objeto que lo motiva, es la muerte de un Dios hombre.

Inés. Pero ¿á que es ocultar las Imágenes de Jesucristo, y de los Santos? A mí me parece, que valdría más, y sería mejor manifestarlas, para estimular á todos á penitencia.

Cecilia. Hay dos razones muy oportunas para practicarle de aquel modo: la primera, para quitar de la vista aun aquello mismo que pudiera cebarla santamente; y qué los ojos se empléen solamente en llorar.

Lucía. Dinos, cual es la segunda razón, si quieres.

Cecilia. Lo haré con gusto: es para significar, que los que no hicieron penitencia de sus pecados en esta vida, no verán jamás en el Cielo ni á Jesucristo, ni á sus Santos.

Inés. Estas razones me parece son bien dignas de atención.

Cecilia. Lo son en efecto.

Lucía. Continúa, si gustas; y dinos ¿por qué el mundo se muestra igualmente triste?

Cecilia. Porque cada cual se dedica entonces á hacer penitencia.

Inés. Y ¿no se echa de ver por las calles otra cosa más, que la tristeza en los semblantes?

Cecilia. También se advierte más modestia en e

exterior, más circunspección en la conducta, y menos excesos que de ordinario.

Lucía. Todo eso que dices es verdad.

Cecilia. Convenid, pues, en que este tiempo es sumamente apetecible y loable; puesto que la gente es entonces más racional y más juiciosa.

Inés. Pero nosotras, á pesar de nuestra corta edad, ¿debemos también tomar parte en toda esta general mudanza?

Cecilia. ¿Quién duda eso? Una vez que soís Cristianas, y de más á más pecadoras.

Lucía. ¿Luego tampoco deberemos nosotras hacer más que una sola comida al medio día, y por la noche una ligera colación?

Cecilia. Vuestra edad, por ser todavía tierna, os dispensa de este rigor; pero no os exime de hacer penitencia á vuestro modo.

Inés. Y ¿de qué manera debemos hacer penitencia nosotras?

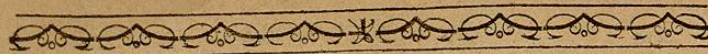
Cecilia. Mostrando mayor modestia y compostura en todo vuestro exterior; guardando mayor silencio y más estrechamente; cercenando en ciertos días algún poquito del desayuno y á la merienda; aplicándose más al estudio; y trabajando y orando más.

Lucía. Con demasiado poco te contentas, ciertamente.

Cecilia. Si estuviérais ya algo más cerca de la edad en que hay obligación de ayunar; os diría que ayuná.

seis dos ó tres días á la semana, poco más ó menos, según el dictamen de vuestro Confesor.

Inés. Pues que nos pides tan poco, vamos nosotras á ejecutarlo, con mucho celo y aplicación: haznos el favor de encomendarnos á Dios.



CONVERSACION XLI

SOBRE EL SECRETO.

Macaria Muy pocas niñas conozco yo, que sean llamadas; y aun las que lo son, no siempre lo son generalmente en todo: y yo, sin embargo, quisiera poder llegar á este grado.

Magnencia. Demasiado alta pones la mira: y, no obstante eso, no se necesita menos para llegar al grado que te has propuesto.

Melitina. A ese mismo grado desearía yo llegar también; pues no quiero ser llamada solamente á medias: y así, dános algunos medios para esto, si gustas.

Magnencia. Es una prenda ésta, que me agrada tanto, especialmente en una niña que no omití cosa alguna, para ayudarnos á adquirirla.

Macaria Un gran gusto nos darás en eso; porque ya no veo, que haya una cosa mas digna de estimación, que esta cualidad, señaladamente en una niña.

Magnencia. Os diré primeramente, que el saber

guardar secreto, es de las cosas más importantes en el comercio de la vida:

Melitina. Pues siendo eso así, ¿por qué los libros no hablan de ello, ni en los Púlpitos tampoco se nos dice nada?

Magnencia. Es verdad, que hay pocos libros que traten de eso; y que rara vez se oye hablar de ello en los Púlpitos.

Macaria. ¿De dónde nace, pues, este silencio tan grande en una materia, que tú misma aseguras, ser de la mayor importancia?

Magnencia. Verosimilmente dependerá eso de la persuasión en que se está, de que todos echarán de ver fácilmente lo muy importante que es.

Melitina. Más algunas instrucciones en este punto, no dañarían.

Magnencia. Así es; pero con que solo consulte cada uno su propio corazón, encontrará escrito allí mismo en gruesos caracteres todo cuanto se le pudiera decir.

Macaria. Es el caso, que hay algunas personas, que apenas se dedican nunca á leer en el libro de su corazón; y por tanto, estas instrucciones les harían pensar en ello algunas veces:

Magnencia. Si el libro del corazón no fuere suficiente para este linage de personas, no tienen más que volver los ojos á los males y perjuicios que se siguen de violar ó quebrantar un secreto; y se instruirán perfectamente.

Melitina. ¿Qué juicio, pues, haces tú de aquellas personas que no son capaces de guardar un secreto?

Magnencia el juicio que hago es. que estas tales debieran irse á vivir entre bestias; allí no había que temer, que violasen ningún secreto.

Macaria. Ya; pero ese es un remedio sumamente violento.

Magnencia. Vaya; pues aquí tenéis otro más suaves y es, el enmudecer siempre delante de ellas.

Melitina. Mucho más á propósito me parece sería; que ellas enmudeciesen.

Magnencia. Tienes razón en eso; pero si no se puede conseguir que ellas enmudezcan, más vale que nosotras callemos por nuestra parte.

Macaria. Eso sería pagar justos por pecadores; y que estos quedasen impunes.

Magnencia. Siempre y cuando no pueda hacerse de otra suerte, necesariamente habrá de elegirse este partido.

Melitina. También es una muerte, eso de estar toda la vida alerta y sobre aviso.

Magnencia. Los males que se originan de la violación de un secreto, son tantos y tan grandes, que no habrá persona alguna racional, que no se determine fácilmente á abrazar este partido.

Macaria. Pero esa atención continua es una pensión más que mediana.

Magnencia. Aun es mucho mayor la de ver incessantemente, que se revelan ó descubren los secretos.

Melitina. Forzoso será, pues, tomar este partido: pero ¿no haces diferencia alguna de secretos?

Magnencia. Preciso será hacerla; porque los secretos de las demás son diferentes de los nuestros.

Macaria. ¿Cuál es, pues, la diferencia?

Magnencia. El que nosotras somos dueñas de nuestros secretos, y no lo somos de los de las demás.

Melitina. Con que ¿nunca, nunca se deben descubrir los secretos ajenos?

Magnencia. Yo no sé que haya más que un solo caso, en que esto se pueda hacer.

Macaria. Nosotras quisiéramos saberlo.

Magnencia. Ved aquí: cuando de no ejecutarlo, la Religión el Estado ó el bien público tuviésen que padecer algo, y aun cuando el bien particular tuviése que sufrir notablemente.

Melitina. ¿Por qué en el caso dicho estaría cualquiera dispensado de la ley del secreto?

Magnencia. Porque la ley de la caridad, de la justicia, del celo por la Religión, es superior y obliga más estrechamente que la ley del secreto.

Macaria. Pero á mí me causa cuidado una cosa; y es, saber ¿si en este caso se peca, descubriendo el secreto?

Magnencia. No; porque entonces deja de obligar la ley del secreto: y lo que debe mirarse mucho es, no descubrir la persona por descubrir el secreto.

Melitina. ¿Y si este secreto estuviése bajo de Confesión?

Magnencia. Entonces no se pudiera descubrir; por-

que el siglo sacramental no admite excepción alguna.

Macaria. Según eso ¿el Siglo sacramental debe ser un secreto muy sagrado?

Magnencia. Sí, lo es muchísimo; tanto que no hay caso alguno en que se pueda violar.

Melitina. Sin embargo, importa mucho el atajar ó cortar todo aquello que pudiera ceder en daño de la Religión, del Estado, del bien público ó también del particular.

Magnencia. A aquellas personas que tienen conocimiento y noticia de ello, les toca emplear toda su industria y maña, para tirar á cortarlo; pero sin que por eso se falte ni ofenda en nada al sigilo, porque esto no se puede hacer.

Macaria. Y esta obligación ¿comprende también á aquellos que casualmente y sin querer, oyen lo que se dijera en Confesión?

Magnencia. No lo dudéis; y si llegásen á manifestarlo, se harían muy culpados en ello.

Melitina. ¿Sucedería esto mismo con aquellos que por descuido de otro se encontrasen escrita una Confesión, y tuviésen la imprudencia de leerla?

Magnencia. Lo mismo, sí; y no pudieran revelarla, sin hacerse en extremo culpables; prescindiendo ahora del pecado que cometerían en leerla.

Macaria. De ahí lo que se infiere es, que aquellos secretos que no están debajo de Confesión, pueden no guardarse tan escrupulosamente.

Magnencia. A eso os diré, que aunque hay su dife-

rencia entre ellos; con todo, no se pueden descubrir fuera del caso que he dicho, sin hacerse también culpabilísimos.

Melitina. Y ¿por qué? Una vez que la cosa confiada bajo de secreto, no sea de consecuencia.

Magnencia. Que la cosa sea de consecuencia, ó no lo sea, la obligación de guardar secreto, siempre es una misma.

Macaria. Más ¿el pecado no será el mismo?

Magnencia. No es, á la verdad, tan grande pero siempre es una gráve culpa.

Melitina. A lo que yo veo, es preciso ser muy circunspectas y muy miradas en esta materia.

Magnencia. Por mucho que lo séais, nunca deberá parecer demasiado: á esto se junta, que quien no fuere fiel en las cosas pequeñas, tampoco lo será, ó le costará mucho trabajo el serlo en las grandes.

Macaria. Y ¿por qué es eso? Dí.

Magnencia. Porque la falta de fidelidad en las cosas pequeñas conduce insensiblemente á la infidelidad en las grandes.

Melitina. Tú por todas partes nos pones barreras y cortapisas: ¿luego será forzoso condenarse á un eterno silencio tocante á los secretos ajenos?

Magnencia. Ese es el partido que debéis tomar.

Macaria. A lo menos, si nos permitirás que dispongamos libremente de nuestros propios secretos.

Magnencia. Ya os dije antes, que de estos érais dueñas absolutas; yo no mu do de lenguaje.

Melitina. Esta respuesta nos da muchas ensanchas.

Magnencia. Sí; pero como vosotras séais prudentes, á muy pocas personas se los confiaréis.

Macaria. ¿Con que eso es querer, que seamos también reservadas aun con nuestros propios secretos?

Magnencia. Claro está, que lo quiero; sin pretender por eso, que hagáis alarde de ser misteriosas ni reservadas, como algunas personas, que gustan de andar siempre apuntando las cosas con mil ademanes, y nunca acaban de decirlas.

Melitina. ¿Y por qué es eso? Dí, si gustas.

Magnencia. Porque rara vez se encuentran amigas verdaderas; y no todas las que son amigas, tienen siempre las calidades necesarias para guardar nuestros secretos.

Macaria. ¿Qué calidades deben tener?

Magnencia. Solamente les pido una con el Sábio; y es, "que tengan la lengua en el corazón, y no el corazón en la lengua."

Melitina. Yo creo, que será muy rara la que se encuentre así.

Magnencia. Por eso el Espíritu Santo aconseja que se escoja una entre mil (1).

Macaria. Y una vez que se halle alguna amiga de esta especie se la podrán confiar todos los secretos, sin ocultarla nada de cuanto se tiene en el corazón.

(1) Eccli. 6. 6.

Magnencia. Sí; luego que se llegue á tener seguridad de ella, y se la hubiere experimentado bien, y por bastante tiempo.

Melitina. ¿Luego para todas las demás amigas se debe tener cerrado y escondido el corazón?

Magnencia. Tanto como eso, no: pero solo se les debe este franquear hasta un cierto término; no dando á cada una más que aquella medida y dosis de confianza que convenga, según el grado de amistad que se tuviere con ellas.

Macaria. Nos tienes ya perfectamente instruidas, y aseguradas tocante á nuestras dudas.

Magnencia. Más, también habéis de cuidar de huir de dos escollos.

Melitina. ¿Cuáles son?

Magnencia. El desconfiar siempre de las alabanzas que os dieren; y así mismo de vuestra propia vivacidad.

Macaria. Y ¿por qué es eso? Dí.

Magnencia. Porque con el cebo de las alabanzas os sacarían, sino estuviéseis alerta, los más importantes secretos.

Melitina. Has añadido á lo dicho, que también es necesario desconfiar de su propia vivacidad.

Magnencia. Eso es, porque en medio de la vivacidad suelen escaparse algunos secretos, que se tenía muy resuelto el guardarlos.

Macaria. Pero ¿todas estas reglas se dirigen, y hablan también con las personas jóvenes?

Magnencia. Mucho más que con las otras que no lo son.

Melitina. Y ¿por que dices *más que con las otras*?

Magnencia. Porque en toda la vida será una capaz de guardar un secreto, no habiéndose acostumbrado á ello desde muy pequeña.

Macaria. ¿En qué edad es necesario comenzar?

Magnencia. Luego inmediatamente que empieza á despuntar la razón.

Melitina. Y ¿á qué fin comenzar tan presto?

Magnencia. Para que se vaya criando una larga costumbre de hacerlo así.

Macaria. ¿Qué? ¿Se necesita para eso una larga costumbre?

Magnencia. Como que sin ella, nunca debéis contar con ser firmes en la fidelidad, para guardar un secreto.

Melitina. Tenemos ya cuantas precauciones se pudieran apetecer acerca de todo lo concerniente al secreto.

Magnencia. Lo que yo deseo es, que procuréis hacer buen uso de ellas; y que os sirvan para toda vuestra vida.

Macaria. Sobre eso contamos seguramente con el socorro de lo Alto.

CONVERSACION XLII

SOBRE LA PRÁCTICA DEL SILENCIO.

Eudosia. Hablando ahora con la claridad y sencillez de verdaderas amigas; esto de guardar silencio ¿no se te hace á tí algo gravoso y molesto?

Eugenia. Tan léjos está de serme molesto, que antes bien, me agrada muchísimo.

Eulalia. ¿Cómo puede ser, que te agrade el silencio?

Eugenia. Porque aun cuando le guarde, no dejo por eso de hablar.

Eudosia. ¿Con qué según eso, eres inobediente, y quebrantas la regla?

Eugenia. Muy alcontrario; en lugar de desobedecer, obedezco de dos maneras.

Eulalia. Semejante respuesta, confieso que es un enigma para mí.

Eugenia. No hay enigma ninguno en esto; es la pura verdad: Callo, y bablo.

Eudosia. Acaba por Dios de despenarme; y explícame este misterio.

Eugenia. ¿Es posible, que no entiendes una cosa tan clara? Callo para con las criaturas; pero no callo para con Dios: mi lengua enmudece; pero mi corazón no. Este es todo el misterio que hay.

Eulalia. Ahora ya te comprendo; y no puedo menos de oírte con admiración: enséñame, si gustas, este secreto.

Eugenia. Es un secreto muy fácil. En el silencio digo yo á Dios todo lo que me dicta ó inspira mi corazón; y después oigo todo lo que el Señor se digna responderme.

Eudosia. Eso es dar á entender, que Dios te habla también á tí; ¿hé?

Eugenia. Sí; Dios me hace esta honra, en medio de ser él tan grande; y yo tan despreciable y vil:

Eulalia. Pero esto, en un Dios tan grande, es demasiado abatirse.

Eugenia. Verdad es; pero no hay que maravillarse de eso; pues el mismo Dios nos declara en sus Santas Escrituras, que á los sencillos de corazón se complace de comunicar sus secretos (1.)

Eudosia. Y pregunto: ¿qué dices tú á Dios, cuando le hablas?

Eugenia. Lo que yo le digo son los designios que

(1) Matth. 11. 25. & alib.

tengo de amarle y servirle; y los deseos que me acompañan de verle en el Cielo.

Eulalia. Pues tienes la bondad de que yo te pregunte; dime, te ruego ¿de qué manera te habla Dios á tí?

Eugenia me habla per medio de las celestiales luces que dirige á mí espíritu, y de los sentimientos divinos que imprime en mi corazón.

Eudisia. Pero ¿Y qué es lo que el Señor te responde?

Eugenia. Aprueba los designios que tengo de amarle y servirle; y fortalece mis deseos de verle en el Cielo.

Eulalia. ¿Y no se te hace demasiado largo el tiempo del silencio?

Eugenia. Lejos de hacerseme largo, quisiera yo que durase todo el día, para no interrumpir jamás una conversación y un trato tan amable.

Eudisia. Pero cuando Dios retarda algún tiempo el oírte y responderte, ¿qué haces tú entonces?

Eugenia. Llamarle con interiores gemidos, y estrecharle á que acuda, á fuerza de los continuos clamores que yo encamino hacia él.

Eulalia. Estoy ya hecha cargo de cómo tratas y conversas con Dios: ¿y qué? ¿No sueles hacer alguna otra cosa en el tiempo de silencio?

Eugenia. Algunas veces pronuncio diferentes oraciones en voz baja, otras recorro, pero sin quebrantar

nunca el silencio, aquellas cosas y ejercicios que se me han encargado.

Eudisia. Nos tienes ya perfectamente instruidas: lejos de mirar en adelante con desagrado el Silencio, no habrá cosa que más nos agrade.

